

Un ensueño de esta noche:

Yo había muerto. Estaba en un cementerio, sentado en la piedra de mi tumba, en el crepúsculo de una tarde de verano. Volaban por el aire bandadas de mosquitos y mariposas, y había flores por todas partes, entre las tumbas y entre la hierba crecida de los cementerios.

Yo reconocía el lugar: era aquél en que descansaban mis abuelos muertos; experimentaba yo ese horror particular que me dejaba frío cuando me llevaban allí, por la tarde, en mi infancia, para ponerles coronas; una especie de tristeza, una clase de espanto que no se puede expresar con palabras humanas..... Está formado de impresiones, de sentimientos vagos, indefinibles, que son como recuerdos ó intuiciones de cosas extra-terrestres, y se experimentan más claramente, se está más cerca del objeto de estas concepciones misteriosas en el sueño que en la vigilia.....

Yo estaba solo en el cementerio á la hora del crepúsculo, sentado sobre mi tumba; tenía conciencia de no ser más que una visión, una cosa impalpable, un fantasma, una apariencia de sér, persistiendo todavía por la tensión y la fuerza de mi propia voluntad. Sentía, sin embargo, que bien pronto me desvanecería para siempre, extinguiéndome en la

nada, y quería luchar contra el fin último; sentía yo la angustia de que mi cuerpo humano no existiese ya—la angustia de mi carne, de la materia de mi vida que había desaparecido..... Y tenía sueños de juventud, y de fuerza, y de amor, y de embriaguez de los sentidos, y de embriaguez de vivir..... Y aún deseaba yo todo esto, que se había concluido para siempre..... Verdadero fantasma, sentía que iba á desaparecer.

Había en las avenidas del cementerio gentes que yo había conocido; y me levantaba, salía á su encuentro, tendiéndoles la mano para ensayar mi aspecto, para pasar por vivo, para ver si ellos se equivocaban..... Avanzaban, trataban de tocarme; encontraban el vacío y pasaban de largo..... De repente se acordaban de que yo había muerto, se pintaba en sus ojos un terror horrible, y huían. Entonces, un furor grande contra los vivos hacía presa en mí; tenía verdaderos deseos de fantasma; de espantar, de hacer daño, de infundir miedo; y las perseguía, corriendo tras de ellas sobre las tumbas, exclamando—«¡Uh!..... ¡uh!.....»—y dando gritos lúgubres.

Cuando ya las había perseguido mucho, me vol-

vía á sentar sobre mi piedra para esperar á otras. Sentía que me extinguía por instantes, á pesar de la tensión de toda mi voluntad—que me iba, que me iba—que bien pronto no me vería yo mismo.

Sin duda era un crepúsculo de Junio; había en el cementerio perfumes de flores; perfumes tan suaves, tan penetrantes, que me desvanecían; había guirnaldas de rosas en todas las tumbas, y altas hierbas floridas, sobre las cuales las mariposas y los mosquitos bailaban continuamente sus ligeras rondas. Todo esto me llenaba de deseos de vida y de amor, á mí, que estaba muerto.....

De repente ví á Pascuala Ivanovitch que pasaba por una avenida, con cabras blancas. Pascuala no debía saber que yo había muerto, porque esto acababa de sucederme repentinamente; avancé hasta ella..... Me miró sonriendo..... la estreché contra mí, y ví entonces que podía experimentar aún todas las embriagueces.....

Eran las cinco de la mañana. Vinieron á despertarme para las maniobras. Me levanté apresurado, me lavé con agua fria la cabeza, que me dolía mucho, y subí al puente cuando ya empezaba á ser de día.

—Las flores de los mirtos y de los naranjos pueden dar sueños muy sombríos.

A las seis estábamos dispuestos para maniobrar en alta mar. A las nueve estábamos en ella. El Adriático, tranquilo y azul. Ejercicio de cañón todo el día; mucho ruido y mucho humo, bajo un hermoso sol. Oficiales franceses y rusos estuvieron invitados. Resultó de esto, por la tarde, un gran banquete internacional.

Vuelta á la bahía de Baozich al oscurecer. Yo estoy de servicio á la llegada y por la noche de guardia, desde las doce hasta las cuatro de la madrugada.

Hasta mañana no podré volver á ver á Pascuala Ivanovitch.

30 de Octubre.—Diez días más que hemos pasado ante Baozich.

Estas espantosas montañas forman como una muralla de separación entre lo que hay aquí y lo que hay fuera de aquí, en otra parte cualquiera; yo me acostumbro á esta gran bahía tranquila, á este rincón aislado de la tierra. Aprendo poco á poco palabras slavas con Pascuala, y las gentes sencillas de la montaña me conocen ya.

He pasado hermosos días de libertad en estos campos silenciosos, vagando por caminos sombríos, que suben ó descienden bordeados de mirtos y de helechos. De trecho en trecho, y entre el verdor espeso de los bosques, se encuentran viejas aldeas,

con casas de piedras ennegrecidas por el tiempo; aldeas que se sostienen no se sabe cómo, verdaderamente colgadas sobre abismos. Las gentes de allí tienen semblante primitivo y salvaje; pero las chozas están todas rodeadas de naranjos en flor y de rosales.

Paseándose sin rumbo por senderos hechos para las cabras, y á veces abriéndose paso entre las ramas se vé á sorprendente profundidad el agua azul, sobre la cual parece dormida nuestra escuadra; ó bien en el aire, entre ligeras nubes, se entrevé la mole de piedra del Montenegro, cuya cima baña la luz del sol.

El otoño es la más encantadora estación en estos países mediterráneos. El campo huele bien y son admirables los bosques. El sol, que aquí se retarda para madurar los higos azucarados, las rojas granadas y las naranjas, caldea todos los días, en ciertos repliegues de la montaña, verdaderos edenés, rincones privilegiados y deliciosos, cubiertos todavía con las flores del estío.

Crece las higueras por todas partes, entre las rocas, sembrando sus frutos esquisitos en la tierra de los caminos. El que quiere se los lleva sin dificultad. Los bosques están llenos de granados; sus sabrosos frutos se abren y se desgranán, esmal-

tando el musgo y las hojas secas de perlas rojas, que parecen rubíes.

Nadie come estas granadas, pero cuando se tiene sed se recojen bastantes granos, se aplastan de una pedrada y se bebe el agua rosada, fresca y perfumada, que destilan. Pascuala es quien me ha dicho esto.

Todas las tardes, cuando los últimos resplandores dorados se extinguen sobre las cimas de piedra, cuando la obscuridad descende á lo profundo de los valles, suena la hora en que Pascuala me espera en lo alto del bosque...

31 de Octubre.—Era domingo, y se había autorizado por primera vez, para saltar á tierra, á algunos pobres marineros de todos los navios de la escuadra elegidos entre los más prudentes.

La antigua ciudad de Castelnuovo, la única de los alrededores, á dos horas de camino de Baozich, había sido visitada por ellos y habían ocasionado allí gran alboroto.

(Cattaro, mucho más alejada, no les era accesible por tierra.)

De ocho á nueve de la noche estuve sentado en los mirtos con Pascuala, cerca del camino de Castelnuovo; nos divertimos viendo pasar á los rezagados, que venían á tomar sus lanchas en Baozich.

El silencio de la noche y el zumbido regular de los grillos se interrumpían á ratos con su animación; cantaban en diferentes idiomas canciones de su país. Los más alborotadores fueron seguramente cuatro rusos, extraordinariamente alegres, que llevaban una cosa informe: era uno de sus amigos, ébrio del todo; tenían con él el mayor cuidado; sólo que como estaban cansados por traerle desde Castelnuovo, de cien en cien metros lo dejaban en el suelo y se sentaban encima para descansar. Después volvían á emprender su camino al compás de un cántico slavo.

Produjo miedo á Pascuala este simil de entierro á la luz de la luna, y se refugió en su choza.

Una decena de austriacos pasó después; eran los últimos, venían alegres, animados, y cantando una preciosa canción. Estos me vieron y se pararon con objeto de apostar sobre cuál sería mi nacionalidad. Después, uno de ellos, se quitó el gorro y se adelantó con mil reverencias, rogándome que *les hiciera el favor de decirselo*.

Respondí al azar que era francés; esto produjo gran entusiasmo: todos me estrecharon la mano y se retiraron pidiéndome mil perdones por haberme molestado.

Si en esta ocasión hubiese tenido la ocurrencia

de decir que era italiano, probablemente hubiera recibido fuertes golpes. Y sin embargo, en italiano sostenían ellos su conversación: eran dálmatas, como todos los marinos del Austria, y el idioma de sus enemigos era también el suyo.

Es muy curiosa la amistad entre los franceses y los austriacos. En nuestra escuadra de Babel, donde es preciso fraternizar con todo el mundo, subsisten todavía las simpatías y los odios nacionales; así, es notorio que los franceses forman bando con los austriacos y los italianos con los alemanes.

Lunes 15 de Noviembre.—Todavía han transcurrido dos semanas más..... Pasan los días, fastidiosos por demás,—alegres y casi dulces para mí;—es el encanto de Pascuala—ó el encanto de esta comarca..... No sé bien cual de los dos; sin duda los dos reunidos.—Pero hay algo que ahora me retiene aquí, y cuando sea preciso partir, dejaré Baozich con pesar.

Las noticias políticas se suceden y se contradicen. En realidad no sabemos nada, ni de la cuestión de Dulcigno, que nos ha hecho venir, ni de las decisiones tomadas en los gabinetes de Europa; parece que nos han olvidado, y no podemos adivinar cuando será la vuelta.

¡Noviembre!—Aquí estamos en la estación tibia y tranquila en que las hojas enrojecidas de los bosques comienzan á caer con los últimos frutos maduros; la estación en que vuelven á florecer los rosales, los naranjos y los mirtos. Es tan bello y tan apacible todo lo que nos rodea, tan puro el aire, hay una esplendidez tal en estos bosques, que todos los recuerdos desaparecen, olvidándose todo con el encanto de mirar, de respirar, de vivir.

Hay momentos en los cuales el encanto es mayor (no se sabe ni se explica el por qué), y éstos se conservan en la memoria.

Así, el día de hoy, cálido como uno de verano, yo me había dormido sobre el musgo y las hojas secas—serían próximamente las dos—y el sol de Noviembre hería con sus rayos los campos silenciosos.

Me despertó la voz de un pastor, que llamaba fuertemente á su amigo Angel con acento italiano.

—¡Angelo! ¡Angelo!—La voz se apoyaba en la primera sílaba, y se arrastraba hasta el fin, repercutiendo á lo lejos, en los ecos de la montaña, inundada de sol.

Al abrir los ojos, no ví ni á Angelo ni al que había lanzado la voz llamándole; pero entre las ramas, en

el aire, ví como en el cielo la capilla vieja de Baozich, encaramada sobre su roca, y por el camino que pasaba cerca de ella ví bajar á Pascuala, cantando á media voz un aire slavo y llevando delante sus corderos.

Y á pesar de esto, todavía permanecí echado sobre el liquen, en un sitio en que el suelo estaba cubierto de guijarros grises. Sobre el liquen había gramíneas marchitas, tardías escabiosas sobre su tallo, florecillas retrasadas. Hacía casi fresco; á mi espalda oí roce en las malezas doradas y ruido de corderos que pacían en la yerba. Era el rebaño de Pascuala, que llegaba rápidamente; ella venía detrás, sonriendo, con un aire picaresco de muchacha montaraz que medita una farsa, y tratando de no hacer ruido para sorprenderme.

De ella, sin duda, es de quien procede el encanto de estos momentos.....

Son siempre muy inocentes nuestras citas durante el día; pero por la noche parece que hay algo en el aire y en los senderos de estos bosques que nos altera, y que una fiebre singular se apodera de nosotros al mismo tiempo que las sombras invaden la tierra.

Pobre capilla de Baozich, encaramada allá arriba, como un nido de águila; vieja capilla, donde más tarde Pascuala dormirá bajo el musgo.....

En el cercado solitario que la rodea nos hemos detenido muchas veces juntos, ya mirando las tumbas, ya el muro tapizado de enredaderas; es un sitio tranquilo, desde donde se descubre un paisaje admirable.

Allí, un día Pascuala me hizo mirar por una anti-gua claraboya á una cueva que se abría bajo la nave.—Era el osario—cosa siniestra y silenciosa como la nada—el fin último de todas las existencias humanas.

A la media luz que llegaba al fondo, se distinguían cráneos verdosos amontonados en desorden; los cráneos de los slavs de la montaña, antepasados de Pascuala.

Y á nuestro alrededor, en torno de los dos que estábamos allí, jóvenes, sonreía la naturaleza, radiante y eterna, cerca de aquellos despojos: sonreía sobre el azul del horizonte y de la mar; el sol caía á plomo sobre los verdes matizados del bosque, y un silencio, lleno de alegres zumbidos de abejas, dominaba á los campos inundados de calor y de luz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

XII

Todos nuestros días se parecen en Baozich, y, sin embargo, no me canso todavía de esto.

Todas las tardes, un poco antes de la puesta del sol, en la hora melancólica en que las cimas de piedra se colorean de rojo y los valles se llenan de sombra—todas las tardes doy el mismo paseo por el camino, que ya me es familiar, que bordea la playa.

La carretera, única del país, es la que conduce á Ragusa. Pasan por allí á caballo algunos viajeros, aunque pocos; por allí caminan á pié pintorescos aldeanos: montenegrinos, que bajan de sus montañas; albaneses desterrados por la guerra; vagabundos, salidos no se sabe de dónde. El camino, más bien es un sendero encajado entre la mar y las ma-

tas de mirtos, ó los pequeños muros grises, llenos de enredaderas, que limitan las plantaciones de olivos. Unas veces se anda sobre arena y otras sobre una especie de baldosas muy antiguas, que proceden de las Repúblicas Ilirianas, rivales de Venecia; la mar socava dulce y constantemente este camino en compañía del tiempo. Hay casitas edificadas en su orilla—quintas ó antiguas habitaciones señoriales del estilo veneciano, que ya están en ruinas—ó bien pequeñas posadas, donde concurren los pescadores y en donde se les sirve cerca de la puerta café, como en Oriente. Cuando yo deje totalmente este país, veré mucho tiempo todavía estas casitas de la playa con sus buenas gentes que, por la tarde, se sientan en los bancos de piedra inmediatos á las puertas, y á la sombra de los árboles, amarillentos ya—y al pasar yo me saludan.....

Seguramente es de Pascuala de quien procede el encanto de todas estas cosas.

Los domingos lleva una gran animación á este camino la presencia de las escuadras: los oficiales se pasean; los marineros también: los franceses ruidosos; impasibles los ingleses; buenos muchachos los austriacos; los italianos polemistas; solapados los

alemanes; ébrios los rusos, en disposición de fraternizar ó de apalearse, cantan y escandalizan.

Y además, el domingo hay el mercado de las chucherías viejas y de las armas. Se verifica al aire libre, en los bancos que hay delante de las posadas campestres. Las mujeres bajan de todos los rincones de la montaña, para venir á ofrecerles lo más bonito de sus viejos adornos. Y canoas conducen sin cesar albaneses, vestidos con traje oriental, que llegan del otro extremo de la bahía para vender armas turcas. Estos últimos están siempre cerca de mí porque comprendo su idioma, y vienen á menudo para elegirme árbitro de sus contiendas. Musulmanes, más ó menos renegados, más ó menos bandidos, traen á Baozich antiguos fusiles preciosos, viejos machetes que no se encuentran más que entre ellos que los han robado—Allah sabe dónde—gracias á esta temporada de desorden extraordinario que atraviesan los países del Islám.

Pero el domingo pasado, ¡qué tranquilidad! ¡Qué paz en todo el país! Fuera de este camino de la playa se está en pleno bosque; no hay ya más que los senderos de cabra que van á la montaña, á las aldeas suspendidas en la región de las nubes.

El paseo á Cattaro, próximamente una vez por semana, forma parte de nuestro plan ordinario de vida. Dos horas de camino en canoa de vapor. Es necesario ir de tiempo en tiempo á la vieja ciudad, á un país más culto, para hacer provisión de muchas cosas desconocidas en Baozich.

Cattaro está detrás de una montaña y frente á otra bahía mucho más admirable aún que la de Baozich, mucho más grandiosa y sorprendente.

Sin embargo, yo no voy ya allí; prefiero ahora quedarme en los mirtos de Baozich, porque aquí está Pascuala.....

Más tarde echaré de menos esta temporada de amor, y recordaré este país al que no he de volver jamás.

¡15 de Noviembre ya! Nadie lo creería, viendo los días que se siguen tan cálidos y tan tranquilos.

A las doce de la tarde hace un calor abrasador, y sólo en la puesta del sol se conoce que avanza la estación. La noche llega rápidamente, con una especie de frescura penetrante, un primer estremecimiento melancólico del invierno.

Ya es completamente de noche cuando, después de comer, vuelvo á salir en busca de Pascuala. Mi

canoa surca las obscuras aguas, agitadas algunas veces por el viento del otoño, que se levanta al oscurecer. Se aleja la escuadra, y con ella sus luces, reflejadas en el agua; se alejan también sus redobles de tambor, sus pífanos, sus cánticos desacordes en todos los idiomas; y en cambio, la gigantesca masa oscura, que parece pretender escalar el cielo, y que es la montaña, se aproxima, aumenta, aumenta sin cesar.

Una lucecita brilla á intervalos en toda esta intensa negrura, marcando un sitio en que se puede tocar tierra: es un lugar donde se puede hacer la aguada; allí hay marineros á menudo, ingleses ó extranjeros, entretenidos en proveer de agua sus depósitos.—Atraco en aquel sitio, y mi canoa vuelve á bordo.

Hay que recorrer aún una cierta distancia sobre el sendero que bordea la mar, para llegar á las ruinas aisladas, al soportal ahumado que forma la posada de Baozich. El camino es estrecho: por un lado, las olas que se estrellan allí; por otro, las malezas que forman espesa valla y los olivos que inclinan sus copas hácia el camino.

Al oír ruido de pasos, es preciso detenerse y observar; el que pasa, rozándoos en la obscuridad, es algunas veces un batelero, un pescador, un valiente

aldeano de los alrededores; otras veces un vagabundo montenegrino, con aspecto de bandido, que también se detiene y mira.

Los que me conocen dicen en italiano: «Buona sera.....»; los desconocidos me examinan con desconfianza, y al distinguir mi larga capa y mi gorro slavo semejante al suyo, rojo, con un semicírculo de oro, exclaman:

«¡Dobravetche!»—Yo contesto: «Dobravetche,» y pasan.

Soy el único de los oficiales de la escuadra que va á tierra por la noche. Al principio, mientras duraron las hermosas noches de verano, se explicaba mi conducta; pero ahora que las noches son frías, la mar está algunas veces picada y el tiempo amenaza lluvia, se preguntan mis compañeros qué es lo que voy á buscar á este campo—negro como el infierno—y no se saben contestar.

La posada de Baozich es el lugar en que espero todas las noches á que den las ocho, hora de nuestra cita.

Abro la puerta por donde sale al exterior el débil resplandor que me guía, y aparece ante mis ojos aquel gran sotechado de miserable aspecto, iluminado por un quinqué que echa humo.

En el fondo hay montones de leña, cofres viejos,

pilas de cosas informes; en el centro bateleros sentados alrededor de una mesa bebiendo *slavo-vitz*; chalanes, tratantes en armas de Albania, vagabundos sorprendidos. En un rincón la posadera, vestida de andrajos, sentada sobre un taburete; sobre su cabeza dos cuadros de santas, con marcos dorados, muy antiguos y preciosos, colgados en el sombrío muro.

Conozco á casi toda aquella gente; cuando llego me dicen: «Buona sera,» y me hacen sostener un poco de conversación con los unos ó con los otros, en italiano ó en turco. Cuando Giovanni—el hermano de ella—llega allí, desde Rizano, para conducir una barca cargada de frutos á la escuadra—me mira de arriba abajo con sus ojos grises, despreciándome, y vuelve la cabeza. Yo no puedo resistir su mirada; tal vez le amo porque es hermano de ella.

Enciendo un cigarrillo de Cattaro, lo coloco en un largo tubo de madera blanca, pintarrajeada de rojo, y pido café, que me preparan en una tacita pequeña, como en Turquía. Algunas veces, cuando el tiempo todavía es bueno, hago llevar este café al banco de piedra que hay delante de la puerta; en-

tonces, uno de los concurrentes se levanta por cortesía para venir á hacerme compañía fuera; bien Gregorio, ó bien Mateo Ivovitch, ó el albanés Mehmet, ó cualquier otro de Baozich.

El cigarrillo es acre, amargo el café, y detestable el zaquizamí en que me han servido todo esto. Y, sin embargo, todo me parece esquisito, todo me encanta, y me complacen todos los detalles de esta reunión, porque se acerca el momento de ir al bosque de los olivos á reunirme con Pascuala.

Suenan las ocho, lejos, en el mar, á bordo de los acorazados. Ya es hora de salir. He enseñado á Pascuala á contar estas ocho campanadas que se oyen, á mucha distancia, por la noche en la montaña. Pascuala sale entonces de su choza; yo subo por el sendero que deja á la derecha la aldea, y nos encontramos en el cercado de los olivos.

Ando de prisa en la obscuridad; conozco todas las piedras, y sé de memoria todas las vueltas del camino; no me preocupan ni la lluvia, ni la noche, ni los vagabundos montenegrinos, ni mucho menos los fantasmas, ni el pasar cerca de la capilla y del viejo cementerio; experimento como una fiebre deliciosa, al subir por este sendero cubierto de musgo

y de hojas secas, en el que se notan todos los perfumes propios del otoño.

¿Cómo puede Pascuala salir todas las noches de su cabaña á la hora de la cita? ¿Acaso sus antiguos amos no se ocupan ahora de la conducta nocturna de su criada y pastora? ¿O es que ella se escapa y sale sin ruido cuando están dormidos ya? Sería muy complicado para nosotros explicarnos todo esto con una docena de palabras, slavas é italianas, que constituyen nuestro idioma común, y que deben servirnos para expresar todos nuestros pensamientos.

Unas veces un poco antes, otras veces un poco después, llega Pascuala franqueando el muro del cercado por el mismo sitio, por un rincón en que las piedras grises se han caído sobre los helechos.

Un gran olivo, el más viejo de los árboles del país, es el que hemos elegido para lugar de las citas; sus raíces centenarias forman una almohada en que apoyamos las cabezas.

Desde que las noches empezaron á ser frías y húmedas por la niebla, Pascuala, para no sentarse sobre el musgo mojado, trae sobre los hombros su manta montenegrina, negra, con zig-zags rojos. Antes de tenderla sobre el suelo con mi capa, nos entregamos á un trabajo infantil, que ejecuta Pas-

cuala todas las noches con la misma seriedad: recoger las olivas caídas, que es preciso no aplastar porque llenarían de manchas nuestros abrigo. — Pascuala gasta en esta ocupación todos los fósforos que llevo yo de Cattaro, porque el viento se los apaga sin cesar.

En el bosque en que estamos oímos todas las noches los ruidos propios de la escuadra que duerme abajo, en la bahía. Los últimos cánticos, las músicas últimas, todo esto nos llega según el viento que reina, más ó menos distinto, más ó menos confundido en incierto rumor, mezclado más ó menos con el ruido de los árboles y de la noche, con los crujidos de las ramas y los roces inquietantes de las hojarascas. Hay momentos de espanto, en que Pascuala se levanta asustada y pálida, iluminada por un rayo de luna; y después, hay instantes de paz profunda en que nada se oye.

Escucho tres redobles de tambor, debilitados como ruidos subterráneos y notas agudas de pífanos, apenas apreciables, que los acompañan.

Es el último toque que llama á bordo de los barcos ingleses. Pasado un cuarto de hora, habrá llegado el momento de despedirnos.

Todo vuelve á caer en el silencio.

Se oyen otras campanadas, varias veces repetidas: ¡las nueve! ¡ya es hora! Con sonidos dulces y lejanos, las campanas tocan lentamente, unas después de otras. Cuando suena la última, es necesario separarse.

—*¿Mirado via?* (¿Me voy?)—dice Pascuala con su dulce voz de niña.

La hora ha pasado rápida, y con ella cesa nuestra cita. Pascuala sube á su cabaña, y yo bajo corriendo á la playa, en donde, en sitio conveniente, debe esperarme mi canoa.

A medida que adelanta la noche disminuye el viento. Hacia las dos de la mañana existe una calma extraordinaria y una inmovilidad grande en la naturaleza. Todos los ruidos, hasta los menores soplos, han cesado.

La superficie de las aguas, más lisa que la del lago Miroir, en el centro de las montañas rojizas refleja la extensión del cielo, y parece otro cielo visto tras un cristal inmenso... Durante las largas horas de las guardias de noche, apoyado en el filarete, contemplo debajo de mí esta otra bóveda, parecida á la de encima; todo se ve en ella: los detalles de las nubecillas blancas que, en ligeros copos, recorren el espacio; las constelaciones y la luna con su aspecto de rostro humano.